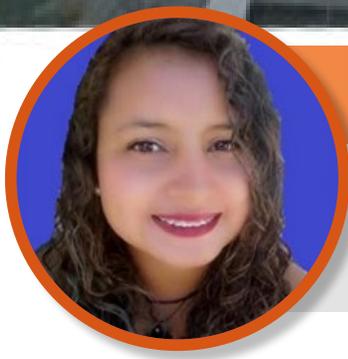


HE
TE
RO
TU
PI
AS

Cuentos



Una estrella en el cielo

Por: Marcela Alexandra Chaves Limas

Egresada del Programa de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana. Modalidad a Distancia. Popayán, Cauca.

Este es un cuento infantil que surge de un acontecimiento real, vivido por la autora, Marcela Chaves, el cual refleja el proceso de un niño, adolescente o adulto al experimentar la enfermedad y, posteriormente, la partida de un ser querido: en este caso, la abuela, la cual es y será una parte importante en la vida de cada ser humano, pues es quien deja huella del amor incondicional, sincero y desinteresado para sus nietos.

Utilizar este tipo de cuentos en niños y adolescentes permite a maestros, padres y psicólogos hacer de la literatura infantil una estrategia de tipo didáctica, que permite sobrellevar y superar un duelo.

Érase una vez una familia de conejos: papá conejo, mamá coneja y las dos hermanas conejo; ellos vivían muy felices en su casita, en un pueblito muy bonito y pequeño.

Papá conejo trabajaba pintando los carros del pueblo; era muy bueno haciéndolo. Por otra parte, la mamá coneja trabajaba en el mejor restaurante y era una excelente chef.

Cada día que los papás conejos salían a trabajar, las dos hermanas se quedaban ayudando en los quehaceres de la casa: barrían, trapeaban, hacían las tareas que les dejaban los maestros conejos, y hasta preparaban la comida para guardarles a sus padres.

Ellas disfrutaban mucho ir donde la abuela, pues era como una mamá para las hermanas conejitas. Cada que los padres conejos no estaban, ella era quien las cuidaba y les contaba muchas historias.

Un día, la abuelita empezó a enfermar. Sentía que su corazón se iba a estallar, así que la llevaron pronto al hospital. El médico conejo les dijo que debían operar.

La familia, angustiada y triste, decidió autorizar la operación. Esperaron durante largo tiempo. Oraciones y súplicas dieron a Dios para que pronto la abuelita coneja se recuperara.

Pasadas unas horas, salió el médico conejo y les dijo que la operación había terminado, que estaba bien la abuelita, pero que debían esperar para que se pudiera recuperar.

Las hermanitas conejas se sentían muy tristes y preocupadas, pues querían ver a la abuela coneja, extrañaban sus historias y que las recibiera después de la escuela con un abrazo rompe costillas. Ellas todas las noches lloraban, al mismo tiempo, le pedían a Dios sus oraciones por ella.

Los días y las horas pasaban y la abuelita se iba recuperando. Papá y mamá coneja llamaban todos los días para saber sobre la abuela, pues por sus trabajos no podían ir, pero cada vez que sabían de la abuela les decían a las hermanitas conejas que la abuelita estaba mejor.

Un día, la hermanita mayor decidió ir a visitar a la abuelita coneja, pero como no tenía con quién ir la tía le dijo que la esperara, que al día siguiente la acompañaría. La hermanita coneja le dijo a su tía que ella la esperaría y que irían al día siguiente.

La conejita empezó a alistar su ropa y unas cosas que le llevaría a la abuelita. Habló con los papás conejos

Una estrella en el cielo

Marcela Alexandra Chaves Limas

y su hermana, porque estaba feliz de poder ir a ver a su abuelita.

Cuando estaban hablando, escucharon un ruido en el techo y vieron una especie de humo blanco que descendía. Se sorprendieron, pero como era muy tarde decidieron ir a dormir y la hermanita mayor estaba ansiosa, deseaba que amaneciera, para poder ir a ver a su abuelita.

No pasó ni una hora cuando sonó el teléfono. Era del hospital, para avisar que la abuelita había partido y ahora era una linda estrella en el cielo.

Todos se entristecieron, pero la hermanita mayor se sentía más triste, pues no alcanzó a ir a visitar a su abuelita. Lloró y lloró hasta que papito Dios en sus sueños le explicó que la abuelita la había ido a visitar para despedirse, antes de partir a ser una linda estrella en el cielo, y que desde ese lugar todas las noches saldría para observarla.

Y colorín colorado, comprendí que cada noche en el cielo tengo una cita con mi reluciente estrella.

Dedicado a mi estrella del cielo.

María Ángela Valencia. 📖



Ilustración: Creación en plastilina realizadas por la autora



La extraña historia que se robó otras historias

Por: Hanna Giselle Mejía Esquivia

Egresada del Programa de Negocios Internacionales

Todo comenzó en el extremo de un mundo surrealista creado por la imaginación. Era un día como todos, en un lugar como todos, salvo que no era real porque todo era diferente. Así que, en esta historia inventada, vivía gente de todos los colores, tamaños y texturas, que se dedicaba, como en todos los mundos, a realizar cosas diferentes.

Un día llegó a los niños de tal lugar una inesperada noticia. Su felicidad peligraba, la diversión, los juegos y los sueños tenían que desaparecer. Para poder continuar, tenían que dejar todas estas cosas pasar. El verdugo opresor era la indiferencia.

He aquí donde la historia se vuelve absurda. Las criaturitas se alzan en una lucha, pero no de armas. Millones de chiquillos se movilizan por todas partes, el reto acaba de comenzar.

Qué raro es contar una historia de esta categoría, aun cuando el que la relata hace parte del cuento. No sabría decir cómo o cuándo sucede, pero es un juego de habilidades mentales que se cuelan por la mente del creador y, en este caso, lo más difícil es escribirlo para que sea de agrado para aquella persona que lo hace suyo.

En fin, mis criaturas, las cuales ni por un segundo imaginan que son ficticias y que yo soy su titiritera, viven su realidad, que puede variar de una forma muy natural, aunque yo también sea producto de lo que mi mente manda.

Total, me salí de contexto; aquí no hablaré de mí, sino de la historia que sale de mi cerebro y de la que también yo hago parte, así que aviso a todas aquellas personas escépticas e imaginativas que en esta historia no hay cabida para gente no creyente de lo ilógico.

Era una vez...

La extraña historia que se robó otras historias

Hanna Giselle Mejía Esquivia

Pongámonos serios, este no es un cuento de érase una vez.

Cierto día, en un lugar muy muy lejano, en el reino de Shrek, vivía una ogra llamada Fiona, la muy princesa era horrible, pero eso no fue excusa para que el ogro, también horrible, se casara con ella.

Fin.

¿Qué es esta locura? No sé qué estoy escribiendo, me estoy robando las historias de otros.

Cuenta la leyenda que, en uno de los planetas de Asgard, de donde Thor y Loki son nativos, nace este antinatural producto humano. Llamemos a este planeta Flisjosania (no tenía más nombre que ponerle, así que elegí el primero que se me pasó por la mente).

Los dulces volaban de aquí para allá. El fuerte de resguardo era una cancha de fútbol... No comas ansias que ya vamos para allá. Ya me aburrí de alargar esto; solo buscaba una excusa para ver qué escribir.

En Flisjosania, planeta parecido a una ciudad colombiana llamada Santa Marta, los niños se enfrentan a seres imaginarios (digo "imaginarios" porque en mi sueño no logro ver a quién atacamos; digo "sueño" porque todo lo que escribo sale de ahí; es más, nunca llegó a darse tal enfrentamiento porque fui despertada antes de tiempo).

Luchábamos para protegernos de dulces malignos que, como en Dragon Ball, en la saga de Cell, se regeneraban de la nada.

El llamado era acabar con estos "dulces malvados". Todos nos juntamos en la cancha de fútbol, a la cual llamo "la Castellana", en donde nos zambullíamos en una piscina llena de pintura y luego salíamos con uniformes de nuestros equipos. Creo que el mundial de fútbol me está influenciando.

Continuemos. Luego de eso, de la nada aparecí con tres secuaces en busca del compañero perdido, como en Indiana Jones, pero aquí no había ningún tesoro que rescatar. Mi amigo, quien en la realidad es mi hermano, estaba perdido como en Peter Pan, pero este sí quería crecer y ganar la lucha o, más bien, el juego que, en sentido literal, estábamos viviendo.

Y se oyó la voz sagrada que decía...

“Levántate, tienes que ir para la Universidad”.

De mala gana me desperté por la voz de mi tío, quien en el momento menos indicado me sacó de mi historia, o de las historias que tomé.

Ahora veo con claridad que el subconsciente también se altera por los hechos reales. Espero que el que lea esta historia, la cual puede estar basada en otras historias, no se ofenda y me demande, porque un juicio de caracteres sería muy costoso.

Y así termina esto...

Más adelante podría mejorarla, pero eso ya es otro cuento. 📖



Foto: Mark Cruzat en Pexels, <https://www.pexels.com/es-es/foto/hombre-de-pie-dentro-de-la-biblioteca-mientras-lee-un-libro-3494806/>



Solo un vago recuerdo Mart Neilt

Por: Manuel Antonio López Díaz

Egresado del Programa Técnico Laboral en
Refrigeración y Técnico Laboral en Electricidad



Foto: Mark Cruzat en Pexels, <https://www.pexels.com/es-es/foto/hombre-de-pie-dentro-de-la-biblioteca-mientras-lee-un-libro-3494806/>

Son las cinco de la mañana. Al igual que todos los días, el sr. Roberto sale al jardín para ejercitarse un poco. Por su mente pasan muchos recuerdos del pasado, muchos momentos, la juventud, la U (Unimagdalena). Nada perturbador. Y es que, si solo fueran buenos momentos, no habría problema, pero se enfoca en los malos momentos.

Ya están saliendo los primeros rayos de sol. Pasa rápido el tiempo. Está algo torpe con sus abdominales o solo se distrae viendo al jardinero mientras siembra nuevamente matas de coral, plantas que cada cuatro meses se marchitan; no entiende por qué, pero lleva bien las cuentas.

Recordando un poco las noticias, esperando qué estrategias crea el Gobierno para enfrentar este coronavirus, tal vez el mundo le parezca loco: todo es tendencias, consideran innovación cualquier cosa que se les ocurra por absurdas que parezcan.

Saluda un poco.

—¿Qué tal, don Eduardo? ¿Se escapó o solo son pendientes? Hay que cuidarse. ¿Sí está viendo las noticias?

Mientras piensa: la gente no aprende. Hoy se habla de “inclusión para esto”, “inclusión para aquello”, pero no se incluyen muchas cosas; solo hay que ver las noticias para ver el nivel de desigualdad que hay, eso de la inclusión es solo propaganda política.

Continúa con sus ejercicios. *Veintidós, veintitrés, veinticuatro*. De repente, después de una pausa y un corto silencio, tal silencio común en las mañanas.

—Ja, ja, jajajajaja— su sonrisa ensordecedora, envuelta de sarcasmo y alegría como un alma poseída.

El sr. Roberto había interrumpido el silencio de la mañana con su risa poseída. Se levanta del suelo, resbalando levemente debido a sus manos sudorosas. Se dirige a la reja, sacando una llave escondida en el buzón; abre y camina hasta el frente de la calle. Comienza a correr como cualquier fanático de fútbol haciendo el avioncito mientras celebra un gol, por toda la calle y riendo como si quisiera que las personas de las otras casas despertaran. Después de un minuto, casi sin aliento, se tira sobre el pavimento mirando el azul del cielo.

Eduardo, el jardinero, se acerca con preocupación.

—Sr. Roberto, sr. Roberto, ¿le sucede algo? ¿Puedo llamar a su hija para que lo recoja?

Roberto responde entre la risa y casi sin aliento.

—No, mijo, mejor llama a la policía porque yo esta vaina no me la como —una leve pausa para tomar aliento y continúa hablando—. Viejo, dígame usted, don Eduardo, usted también está entrado en años al igual que yo, dígame sinceramente si este cuento del covid-19 no le trae recuerdos de nuestro pasado durante nuestros años de juventud.

Eduardo, sin entender, se toma un segundo para responder, pero no se le ocurre nada.

—No entiendo, sr. Roberto, podría explicarme. ¿Qué recuerdo podría traerme si es la primera vez que se ve este virus?

Solo un vago recuerdo Mart Neilt

Manuel Antonio López Díaz

El sr. Roberto se apoya sobre sus manos para quedar sentado y responderle a Don Eduardo.

—Simple, don Eduardo: ya esta vaina la hemos vivido antes. No pude dormir porque todo el día están jodiendo con eso del coronavirus —sonríe ligeramente y continúa hablando—. Don Eduardo, mire, hace algunos años nos prohibían salir de casa; si salíamos, moríamos. Cerraban las vías y no podíamos viajar, además de que nos prohibían la entrada a nuestros pueblos natales. El miedo nos invadía, la comida escaseaba y, a pesar de todo, no faltaba el hp que hacía lo que le daba la gana y no le pasaba nada. Ahora, dígame usted si no estamos igual que antes.

Don Eduardo lo mira fijamente mientras le extiende la mano, la agita para que el sr. Roberto se apoye para levantarse.

—Usted tiene algo de razón en sus comentarios. Ahora que lo comenta, esto es solo un triste recuerdo de un pasado que muchos jóvenes no conocen; por cierto, volvamos a su casa para que se calme un poco —dijo, mientras ambos se dirigían a casa del sr. Roberto.

Con la respiración agitada, el sr. Roberto sigue los pasos de don Eduardo hasta la casa.

—Es que ya esto me da igual —dice el sr. Roberto.

En la puerta, la hija dirige a su padre una mirada triste, mientras don Eduardo, ya cerca de la puerta, estrecha fuertemente la mano del sr. Roberto y se le acerca para decirle algo al oído.

—Sr. Roberto —dice don Eduardo—, lo aprecio mucho y lo conozco por muchos años. Quédese en casa. Su hija lo quiere mucho; el coronavirus no es ningún cuento y los recuerdos son recuerdos, ya estamos en otros tiempos. Le tengo mucho afecto y deseo lo mejor para usted. Me tomaré el atrevimiento de decirle algo que todos saben sobre su hija y que usted, por lo visto, ignora. Usted dio positivo hace dos días para covid-19 y su hija no se lo ha querido decir. 📺



Un beso de verano

Por: Manuel Antonio López Díaz

Egresado del Programa Técnico Laboral en Refrigeración y Técnico Laboral en Electricidad

Han pasado cinco años desde que nos conocimos. No puedo evitar todo lo que hemos pasado, una búsqueda inalcanzable por tener... un amor prohibido, un deseo aplazado. Llegaron las vacaciones nuevamente y esta vez buscaba aprovecharlas al máximo, sin rodeos, sin perturbaciones, sin respetar en lo más mínimo todo lo que había respetado hasta el momento.

Así que la travesía inició unas semanas antes del inicio de las vacaciones. Como ya era mi intención, me convertí casi en una sombra. Estuve ahí a su lado para hablar, aconsejar, discutir y hasta para poder reír y disfrutar juntos de esos momentos agradables que hacen de la vida un recuerdo especial, pero es inevitable tener presente que en su mente también habita otra persona: ambos lo sabemos y, aun así, parece que por fin decidimos ignorar eso, llegamos a tomar las riendas de esta situación, nos hemos dado una oportunidad y esta oportunidad jamás se volverá a repetir. Suena novelesco decirlo, pero sinceramente esa era una sensación que procedía de mi interior. No podía imaginar mejor momento y mejor época del año; incluso, llegué a sentir que este era el mejor verano que había podido tener en la vida: su calidez —no caluroso— y las brisas del atardecer frescas —no frías, frías de esas que te hacen meter las manos dentro de la ropa—, era una brisa fresca de esa frescura que, con ropa sin ella, no te hace sentir incómodo. Entonces mi plan era muy sencillo: conquistar o morir de amor, trágico destino, pero en esta época el romance aún existe, solo hay que ignorar el resto del mundo y hacer lo que nuestros corazones dicten, sin modernismos, sin recalentar el pasado. El romance no es secuela de películas para rebobinar la escena y pretender que las cosas son románticas solo por repetir la receta; el romance está en nuestros corazones y simplemente debemos dejarnos llevar por el momento y el sueño, la ilusión, esa imagen que quedará grabada en nuestras mentes se immortalizará. Para eso debes olvidar todo, todo tipo de imágenes que tengas pregrabadas en tu mente porque ahora el romance

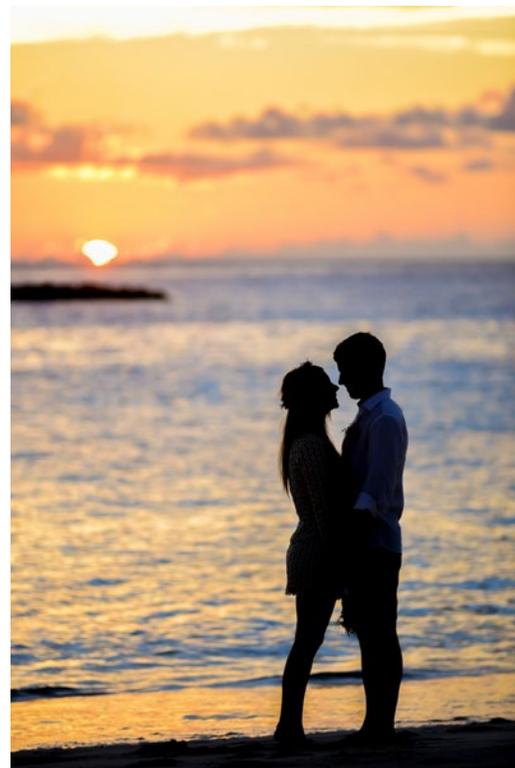


Foto: Asad Photo Maldives en Pexels, <https://www.pexels.com/es-es/foto/silueta-de-pareja-en-orilla-del-mar-1024984/>

Un beso de verano

Manuel Antonio López Díaz

lo haces tú, lo hago yo. Mientras pasaban los días, mis palabras eran más fluidas, nuestras conversaciones más profundas y nuestras vidas se hacían cada vez más dependientes. El afán por reencontrarnos, los tiempos que durábamos juntos queríamos extenderlos, estirar cada segundo todo lo que pudiéramos hasta que llegara esa inevitable separación donde debíamos volver a nuestras casas —reglas para adolescentes—.

Abrir nuevamente mi corazón fue lo más difícil. Un nuevo intento era la búsqueda victoriosa del amor de mi vida y ya había quemado todos los días, los momentos, las cosas que integraban nuestras vidas; siempre terminábamos por encontrarnos en los mismos lugares sin previo aviso. Las señales del universo nos llevaron hasta este gran y largo día.

Como todas las tardes de ese largo verano, después de hablar en la arenosa playa con el naranjado sol golpeando nuestros rostros, donde nuestras palabras tomaron la seriedad y serenidad que ameritaba el momento, ese momento tan anhelado, este deseo que desbordaba por mis células, un aroma que se podía percibir sobre mi playera de algodón, me comentaba que era agradable y que no era el perfume. ¿Feromonas?, tal vez... no lo sé. Lo cierto es que su comentario lo había escuchado antes y, mientras caminábamos por la avenida, mientras volvíamos a su casa, se tornaba esa brisa cálida con ráfagas de viento fresco; sinceramente, en el trópico no tenemos verano y en la ciudad de las dos vírgenes los vientos se comportan así.

Mientras llegábamos al conjunto donde habitaba, nuestras palabras se cruzaron por otros cuarenta minutos hasta cuando comenzaron a encender las luces de la inevitable noche, aunque aún se lograban divisar nubes impregnadas de la luz del sol y la leve oscuridad era producto de los edificios del lugar. En la puerta del conjunto y después de una jarra de agua que tomé mientras nos burlábamos de mi apetitoso estómago —y, no por nada, pero mi cintura no mostraba tener tanto espacio después de una bebida gaseosa y cuatro vasos con agua—, no parábamos de reír. Tal vez no era sed, tal vez eran los nervios; lo cierto es que mientras nuestras sonrisas se disolvían nos fuimos alejando de la puerta hacia la zona más oscura de la entrada del conjunto. Un lugar casi oculto, un punto ciego, buscábamos algo mientras por mi mente sucedían muchas cosas, una lluvia de recuerdos que se formaron como un camino amarillo, mientras al observar sus ojos veía esa oportunidad que terminaba

y comenzaba. En esos segundos siguientes y mi camino de recuerdos, mientras mis manos se tornaban frías y sudorosas, situación que, por alguna razón, siempre me sucedía cuando estábamos cerca, tan solo que esta vez no podía controlarlas, ni mis yogas, ni mis meditaciones instantáneas funcionarían porque el momento era interrumpible, el momento se tornaba más atractivo, como la fuerza de gravedad sobre los objetos. Mientras nuestros labios se tocaron por primera vez, el momento más esperado, esa sensación que se puede tener después del primer beso de continuar con ese universo de pasión, de preguntas sin respuesta, de un futuro inesperado, la pasión que se siente en el mejor momento de una relación que inicia con el mejor de los momentos, el más romántico momento.

No puede haber mejor momento que el primer beso en una relación y mucho mejor que te sea correspondido. Todo fue según lo esperado. La magia se sintió, la ilusión se mostró, mi cuerpo experimentaba un éxtasis de deseo incontrolable, mi abdomen se sentía como si hubiera hecho quinientas abdominales y mis manos dejaron de ser frías para tener la calidez necesaria para dar las más suaves y cálidas caricias. Sentí haber vivido una eternidad. Tan solo pasaron cinco minutos, pero mi mente había experimentado una conexión casi infinita de sucesos que jamás había sentido, un *deja vu*. Entonces, fue lo que sucedió después de ver un futuro lleno de alegría, amor y muchos momentos agradables, un futuro tan, pero tan lleno de amor. La ilusión de la felicidad era lo más esperado y los sueños del amor ya estaban realizados, el futuro lo tuve en el presente y, luego de esta experiencia maravillosa y tan esperada, lo más asombroso fue que después de haber sentido experimentar, recorrer su futuro como si hubiese leído su mente a través del tiempo hacia el futuro, y en la mayor esperanza guardada en mi corazón, ¡yo no estaba ahí!

Historia de amor que terminó por el conflicto armado colombiano de los años 90. 🇵🇪



Apología

Por: Michel Hernández Bolívar

Egresado del Programa de Psicología

Era icónica, solo bastaba observarla una vez para saber que tenía mil vidas.

Estaba compuesta de una infinitud de pedazos que le daban la profundidad de una herida.

Raramente desnudaba el color íntimo de sus miedos. Como si se tratara de un ardor que nunca cesa, se movía a la faz del sonido del vacío y sus manos hablaban del recuerdo que nunca olvidó.

Su figura era tan etérea como la neblina, pero tan mortal como la decepción.

Carecía de impurezas. Bajo sus caderas apaciguaba perennemente la efervescencia de su carácter. Lo tenía todo, pero no era dueña de nada, su lucha era el imán del deseo que provocaba.

A veces, podría creer que estaba ahí mirándome vehementemente y con cierta dosis de manía; sin embargo, el aire se hacía más espeso gracias a la serenidad de sus lunares que estaban regados, formando una constelación de epifanías y relatos incoherentes que venían a reposar a la orilla de sus párpados.

Pero era tan mágica que se despedía y quedaba la ignominia de una pena que, aunque no se muestra, carcome.

Su paz no era la que inquietamente salía de sus cabellos: era violenta como el zumbido de un arroyo y tenía suficiente fuerza para destruir furtivamente el eco de un sollozo.

Era pálida como su congoja, que la hacía intensamente libre. Aferrada al estupor de su indescriptible belleza, se transitaba inoportunamente en el delirio de sus represiones.

Tenía estados en los que inexplicablemente decidía “querer” no-existir e, inmediatamente, el(mi) cielo se cerraba y la vida se ocultaba a la espera de su presencia, que fascinaba la imprudencia de su pomposa mirada.

No se iba, pero tampoco me dejaba y eso era una ambición no resuelta.

No obstante, tenía un ademán muy elocuente que perturbó la tranquilidad de mi recinto. A menudo, el vaivén de la rutina me recordaba que su silueta aún seguía haciendo meollo en mi atasco por desaparecer (la) y llegaba a preparar(me) para escabullirse, mientras yo esperaba obstinadamente su regreso...

Pero, en medio de tanta locura y desolación por la inadmisibles decisión de (no) consumir la realidad, llegó el día en que su confianza estaba siendo ocupada y que sus relatos se convirtieron en pasajeros y mundanos; he allí que, irrevocablemente, su guion dejó de ser defensa para mí apología.

Por ahora. 🏠



Ilustración: Apología
por José Ignacio
Barros Castañeda



Baltazar

Por: Hugo Pérez Meriño

Egresado del Programa de Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Informática

Baltazar nació un domingo de octubre con los primeros gallos, bajo un cielo revuelto por la llovizna de un invierno crudo y devastador. Aquel niño lánguido y flaco como un palillo respiraba las primeras bocanadas de aire de una vida que apenas comenzaba a florecer. Su padre veía cómo el mundo allá afuera se debatía en un manto negro de nubes recrudescidas. La mañana se hallaba envuelta en una manta sepulcral de las lloviznas insoportables de un octubre que no daba tregua de escampar. Las calles, con el barro encarnizado, se convertían en un lodazal monumental; incluso fue el impedimento principal para que la partera del pueblo se diera tres repetacas en las calles enjabonadas antes de llegar a atender el parto que traería al mundo a Baltazar.

En sus primeros años, Baltazar pudo disfrutar de la belleza del azul de la Ciénega, los vendavales de las mañanas turbulentas, el verde intenso de la tarulla —que arrastraba la brisa en las tardes encarnizadas—, el efecto que causaba la tierra a pleno medio día, los atardeceres immaculados, los temporales de las tres de la tarde, el blanco cegador de las garzas que caminaban en puntillas por el puerto de las brujas, los colores vivos de las mojaras, el tono gris y la brillantez de las escamas de los sábalos que parecían verdaderos diamantes. Todo esto se fue guardando en la memoria remota de los primeros años de infancia, recuerdos que se fueron guardando como una premonición de lo que se veía venir.

Hasta que un jueves de agosto, como una maldición que espera paciente a desatar su encargo, se desencadenaron una serie de sucesos fuertemente marcados, quizá, por la fuerza imparable del destino, la cual empujó a Baltazar a un fatal suceso que marcaría su vida para siempre. Joaquín, quien apenas era dos años mayor que Baltazar, se disponía como todos los días a llevar la yegua de su padre al potrero, que colindaba con los patios del pueblo. Al ver a Joaquín, que llevaba por el bozal a la colosal bestia, a Baltazar le entraron unas repentinas e impulsivas ganas

de acompañar a su hermano. Eran aquellas ganas tan inusuales, que su madre, Elvira, se sorprendió al ver el casi berrinche de su hijo por acompañar a su hermano. Finalmente, los dos salieron con las riendas de la yegua en mano. A la mitad del camino, antes de llegar a la casa de Pablo García, un carnicero de fines de semana que mata los cerdos a plena calle y a la luz del día llegaría lo que estaba guardado para Baltazar hacía 8 años, desde que llegó a este mundo en medio de las lloviznas cansonas de octubre. La calle estaba invadida por una parvada de perros callejeros que se peleaban las sobras de lo que parecía que era una patica de cerdo que se le había caído a Pablo por descuido del oficio. Él, al percatarse del remolino de los perros, agarró medio ladrillo que le estorbó durante todo el tiempo que estuvo pelando el cerdo; apenas vio la fiesta que tenían la bandada de sarnosos, como solía llamar a los perros callejeros, se los lanzó y todos salieron despavoridos, dando aullidos de auxilio en todas las direcciones.

En medio del tropel de perros, Beatriz, una vieja vecina de Pablo Díaz, estuvo en la línea del estrepito y casi se va al suelo con sus ochenta y tantos años auestas. En la propia casa del carnicero, dos perros hicieron de las suyas dejando caer cuanto chócoro estuviera a su alcance. Baltazar y Joaquín, con la sincronía perfecta de las malas horas, pasaron en el instante en que el estrépito de los perros irrumpió de manera apocalíptica la normalidad del día. La yegua, ahora en manos de Joaquín, al sentir los aullidos despavoridos de los perros, se espantó de tal manera que hizo que Joaquín se arrastrara con el bozal en la mano. Comenzó a dar saltos a su alrededor, lanzando chillidos y resoplando de temor. Baltazar se había distraído antes de que los perros formaran su escandalosa escena, pero al ver todo ese remolino no supo qué hacer y tomó la peor decisión que podría tomar con sus ocho años de inocencia. Fue en busca de las manos de su hermano Joaquín, quien lidiaba con la ferocidad de la bestia. Por un instante, Baltazar pasó por debajo del vientre del animal encarnizado, quien inmediatamente saltó una y otra vez, dejando a Baltazar en medio de las patas traseras del animal. La yegua, colerizada al sentir la amenaza latente, lanzó un zarpazo como un brinco de pescado, dejando a Baltazar tendido en medio de la tierra revuelta por las pisadas de la yegua.

Baltazar quedó flotando en medio de un zumbido y veía cómo todo dentro de su cabeza se inundaba de una tiniebla que le daba escalofríos. El tiempo se había detenido y no podía entender si aquello que estaba

viviendo era un sueño. No sentía dolor, pero algo helado le recorría todo el cuerpo y lo arrastraba sin ninguna compasión a un rincón oscuro donde la ausencia de la luz le quemaba las entrañas.

Baltazar permaneció en cama durante dos semanas; su cuerpo helado e indefenso no comprendía en qué tipo de laberinto se encontraba, apenas pensaba en la muerte, aquello más bien era un profundo sueño. A la semana cumplida, Baltazar finalmente abrió los ojos y todos a su alrededor sollozaban de alegría, pero los ojos desorientados de Baltazar alertaron a Elvira, quien lo había vigilado durante los días en cama. La vista perdida daba la sospecha de lo que finalmente estaba por acontecer. Los colores que alguna vez cruzaron por sus ojos se fueron destiñendo, degradándose hasta llegar a una tonalidad imposible de distinguir. Ese cambio abrupto se desbordó por la vida apenas floreciente de Baltazar. Con los días se fue apagando la luz del mundo, la belleza de los colores se fue diluyendo. La nitidez se fue transfigurando en tono sepia.

La pérdida de la vista lo condenó a vivir en mundo oscuro y sin vida. El gris de las tardes y los colores intensos de la Ciénega se apagaron para no volver, se negaba a creer que todo a su alrededor se resumía a tinieblas. Baltazar pensaba que aquello por lo que estaba pasando era como estar suspendido en medio de la nada. Un mundo lejano se había posado delante de él y le había negado rotundamente el derecho mismo de reconocer las cosas y cómo estas se iban cambiando con el tiempo.

Baltazar se convirtió en un ermitaño en los primeros años de ciego primerizo. Se negaba con una terquedad colérica a que le indicaran el camino. Era de no creer cómo todo en un segundo se había convulsionado. Era una vida distinta. Incluso llegó a pensar que había nacido nuevamente, pero ahora era totalmente diferente. Tan diferente que sentía que estaba atrapado en un cuerpo extraño, irreconocible para sus sentidos. Los recuerdos de antes no coincidían con los engranajes de los días que estaba viviendo. Se condenaba a un bastón rústico de roble, el cual sostenía como si fuese lo último que existiera en el mundo. Se aferraba a él con una voluntad de perro obediente.

La desesperanza se fue alimentando cada día, pero la terquedad fue mermando con el paso del tiempo. Se fue adaptando a su nueva vida, a su nuevo mundo.

Sus sentidos se fueron agudizando, el oído y el tacto se fortalecieron como un animal que se adapta a un nuevo ambiente. La vista, ese sentido traicionero y desconsiderado, pasó al traspaso de las cosas desechables. Y se amoldó tanto que pudo desarrollar una capacidad de ubicación fascinante. Se movía tan natural que puso en entredicho la importancia del sentido de la vista. Se volvieron tan sensibles sus otros sentidos, que pudieron suplir el cómo desplazarse ahora en medio de la rotunda nada.

Los años fueron pasando y, con ellos, los desafortunados achaques de la vejez.

—La cereza que le faltaba al pastel —Pensaba entre sus adentros Baltazar.

Esta avalancha de desafortunados acontecimientos próximos a venir lo acorralaba en el ocaso de su vida. Los pasos milimétricos que debía dar hasta llegar al culto del domingo se fueron borrando. Una especie de cataclismo se desparramaba sobre él. La memoria también se fue desvaneciendo como un día se le esfumó la vista. La nada cuantificable de la vida se fundía en su memoria y lo dejaba aún más suspendido en el hueco mismo de la soledad, que lo condenó a una locura senil de la que nunca escaparía jamás. 🏠



Foto: Parij Borgohain en Pexels Parij Borgohain en Pexels, <https://www.pexels.com/es-es/foto/nino-que-lleva-un-nino-1427430/>



Una noche fría

Por: Yoleira Reyes Muñoz

Estudiante del Programa de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Informática

Por aquel pueblo habitaba una brisa helada que contenía a cada cuerpo; aquellos cuerpos que, sin espíritu, se alimentan de soledad, vacíos, y cada vez más se convertían en presas inmortales.

Una luz que se cruzó por la calle 20 me hizo perder la noción. Yo, que tenía grandes emociones, no podía creer que los cuerpos no despertaban, seguían siendo presa fácil de aquella noche sombría, causando un gran disturbio entre mis pensamientos y las acciones de estos cuerpos. Me preguntaba:

¿Cómo pueden estar todo el tiempo siendo sumisos de una niebla que contiene tanto vacío emocional?

Aquella luz que iluminó una pequeña parte de la calle pudo ser motivacional, sí. Esa era yo con una gran lámpara tratando de guiarlos por otra vía, pero no, aún en medio de su decadencia me atreví a preguntarle a aquel hombre que carecía de amor en su mirada, que fijaba lo desilusionado que estaba de la vida:

— ¿Qué te sucede, amigo? — Él, muy acongojado responde muy despacio:

— Estoy cansado de divagar por este pueblo, donde no encuentro paz. Es mejor seguir este rumbo y así no sufrir por lo que ya no existe — el hombre se marcha rápidamente.

Cada vez tenía más dudas, preguntas, así que seguí observando una lucha entre lo terrenal y superficial. Luego de varios minutos de caminar por un parque, a pesar de que sentía un poco de temor, no podía parar y encontrar el problema de tanta desgracia.

De repente, en una esquina próxima, se escuchó un desolador lamento, casi sin voz, pero con mucha fuerza. Era una anciana que deambulaba por las calles, buscando algo que quizá ya ni ella misma recordaba; bien podía ser un bastón o la sonrisa misma, ya que carecía de dientes y no pronunciaba bien las palabras. Su nombre era Dolores,

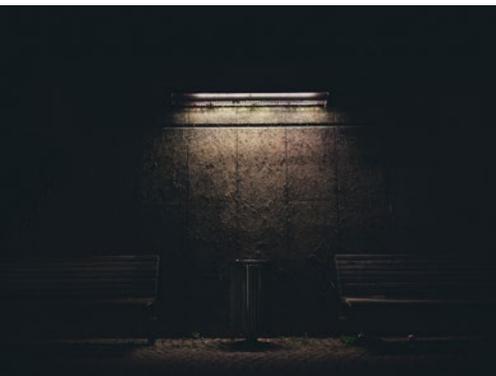


Foto: Lukas Hartmann en Pexels, <https://www.pexels.com/es-es/foto/pared-pintada-de-marron-en-luz-tenue-1055613/>

se quejaba de todo y por todo, pero no tenía los medios ni la fuerza para lograr nada.

Me acerqué a ella con sigilo para intentar ayudarla, pero fue inútil, sus arraigados vicios y malas costumbres la tenían sumida en la penumbra... solo aclamaba con timidez que le dieran otros años más de vida.

Una vez más seguí mi rumbo, cada vez más desalentada y llena de incertidumbre. Divisé, a lo lejos, una figura tosca. Aunque tenía miopía, podía enfocar mis pestañas y observar lo mística. Esta, hizo referencia a una persona que posee su lado espiritual, mostrando una conexión con lo que está más allá de la vida. Además, tenía un andar extraño, como si bailara de lado a lado, aunque no había música. Aquel era un niño y, en realidad, sí había música, solo que la tenía en sus oídos. Al mejor estilo de un DJ, agitaba su cabeza de un lado a otro. Parecía feliz, pero no era nada parecido; más bien, se ocultaba de la realidad para sobrellevar sus amargos días, donde faltaba el calor de un hogar y las enseñanzas primordiales que empiezan en casa.

Teniendo tantas evidencias, pero muy pocos argumentos frente a la situación en aquel pueblo, me sentía obstinada, no encontraba la forma de contribuir, de hacer que mis palabras fueran creíbles, ya que en estos tiempos los hechos son lo único que cuenta y lo demás solo es considerado promesas vacías, producto del mismo actuar repetitivo de sus habitantes que, ambicionando poder, destruyeron su humanidad y, con ella, la capacidad de socializar, discernir y tomar decisiones. Volví a preguntarme: ¿Dónde está esa luz de vida, de esperanza en sus corazones y en la devastada alma de los que gobiernan? Esa noche fue terrible y, aun así, mi necesidad de saber muchas cosas me llevó al rincón más recóndito de aquel desolado hábitat de seres medio muertos. Era una pequeña chocita donde algunas personas entonaban alabanzas y daban certeza de tener luz y tranquilidad en su interior, a pesar de vivir en medio de tanta penumbra. En ese instante, mi corazón saltó de emoción al saber que tenían un gran padre en su corazón, aquellos que decidieron seguirlo para fortalecer su fe y tomar las riendas con decisión en busca de una redención que los ayudaría a aclarar todo el pueblo, no solo con la lámpara que tenía, sino con un inmenso brillo que podía alumbrar más allá de sus espacios lúgubres, podía dar luz a su conciencia y acabar con esa noche turbia llena de tinieblas en su valioso cuerpo, para darle calma y comprensión a sus almas perdidas en el atajo de la insensatez.

De esa manera llegué y les dije:

—¡Yo sé que ustedes tienen la fuerza necesaria! Agarren sus instrumentos y empiecen a cambiar el mundo desde sus haberes, la luz que nace en cada uno es lo que hace que en sociedad seamos un gran faro de esperanza.

Con panderetas, baldes, ollas y cucharas todas salieron a cantar, de casa en casa y de esquina en esquina, iluminando con fe lo que ya no alumbraba con palabras.

Tiempo después, la abuela Democracia encontró propósito en el regordete niño que perdió sus audífonos, pero encontró un libro, un libro que era más atrayente que sonoro y con suficientes hojas para redactar mil historias, pero un libro incomprensible para él por su desolada trayectoria escolar. Justo en ese momento, Democracia encontró el camino, los dientes y la vista mediante sus gafas; pudo ver que era útil y que su comunidad la necesitaba; y aquel hombre acogido se pudo reunir con su hermosa familia. Creyendo que la había perdido en esa noche, decidió seguir un largo viaje a través de la esperanza de vida, lección de amor y creencias espirituales para alcanzar todo aquello que le fue negado. Tomaron un nuevo horizonte, viajaron a la ciudad de Santa Marta en busca de trabajo.

Pero aquí no termina la historia. Fue muy apacible ver un poco de cambio en aquel pueblo hermoso que carecía de esplendor por sus propios habitantes; de este modo, desconocíamos una humilde familia creyente, la cual mueve montañas, ya que en sus corazones persevera un amor hacia su creador. Los miembros de dicha familia, reconocidos por ser almas entregadas a Dios, “los Carrilleritos”, nunca dudaron de que aquella situación oscura y crítica podría mejorar. Entre ellos, una mujer jefa de hogar persistía en un mundo mejor, donde solo gobernara la concordia, prudencia para con su familia y sus vecinos. Su esposo, Poncho, tenía una tiendecita y, junto con sus abastecimientos, contribuía a muchos niños que dormían en la calle. No era la gran fortuna, pero sus corazones llenos de vida no les permitían abnegarse de esta generosidad.

En esa ocasión, sentí tanta felicidad... no podía con la dicha, teniendo la convicción de que las cosas siempre estarían mejor. Al aproximarme a aquella familia pude apreciar todo el cariño que fluye en su hogar. Varios niños solían llegar a dar gracias, un gesto crucial, sonrisas tiernas y miradas que piden a gritos una estabilidad mejor. Pasaron

las horas. Mientras charlábamos, el concejal del pueblo transcurría precisamente en el barrio Villa Nora. Sí... tenía por nombre "Alan Bermúdez" y su verdadera función era promocionar el desarrollo de distintas áreas como educación, cultura, economía, parques, jardines, urbanismo, entre otros. Sin embargo, «ste no estaba ejerciendo completamente sus deberes; se encontraba, supuestamente, atendiendo las necesidades de la población, cuando en realidad todo estaba casi perdido y abundaba la corrupción entre el personal y sus funcionarios. Mientras que el alcalde ordenaba pagos de conformidad con la normativa, transportación de alimentos a los hogares comunitarios, colegios, y hacer efectivas las distribuciones según la penuria de los habitantes, aquellos crearon un complot para hacer robos de dinero y así obtener lo que según ellos no ganaban como se merecían. Me acerqué y le dije:

—Señor concejal, mucho gusto, vengo de la ciudad de Santa Marta, mi nombre es Victoria Muñoz —el hombre hizo un gesto irónico y, antes de que dijera una palabra, le comenté—. Sé que dirá, ¿quién soy?, ¿cierto? Pero nada, antes de que mencione algo, yo soy maestra... sí... quizá no tenga nada que ver, pero quiero intervenir con la situación de este pueblo que me ha llamado la atención, puesto que parte de una familia que creció en mi corazón habita en este lugar y no es posible que destruyan sus ilusiones y sus ganas de vivir como debe ser, emprender un nuevo camino, gestionar para que el pueblo crezca económicamente y para que sus habitantes encuentren la satisfacción de vivir plenamente seguros, de velar por sus derechos aun cuando no sienten apoyo constante. ¿Es usted consciente del orden que lleva? —el hombre intentó decir algo, pero volví a retomar—. Los niños necesitan una mejor educación, haga buenas gestiones —rápidamente el hombre contesta:

—Señorita, no se meta ideas locas en la cabeza, aquí se hace todo lo que se puede, mientras ese estúpido alcalde no dé orden monetario simplemente no se puede hacer nada; ahora déjeme seguir "observando" —me susurró al oído irónicamente. En ese momento mis labios se retorcieron, como cuando solía empuñar aquellas hojas de periódico donde solo encontraba falsas propuestas políticas.

Al rato me despedí de la hermosa familia y decidí hacer unas llamadas antes de que apareciera una noche más opaca, debido a las inconformidades que el pueblo y yo presentábamos. Marqué varias veces a mi tía, una

mujer justa, ejemplar, dedicada, ante todo con excelentes valores éticos, que se situaba en las necesidades de los demás y, como aprendí tanto de ella, en ese instante supe que podía contar con tan generoso corazón: mi "Donita", apodo que nació desde que la conocí y con quien compartí espacios sensatos de espiritualidad y la mayor razón de nuestra existencia... Dios, no podía faltar en cada paso que se diera. Había estudiado Derecho; por lo tanto, ejercía con exactitud aquella labor que un día Dios le mostró para iluminar y vencer batallas, luchando con la verdad y con actos creíbles para la sociedad. Al fin me contestó y le dije:

—Tía hermosa, necesito que por favor viajes con urgencia al pueblo Tucurinca, del que una vez platicamos.

Ella me contestó:

—Listo, hija, solo estaba esperando que me confirmaras porque estaré contigo y esa luz que te llevo a ese destino traerá consigo miles de bendiciones, ya que el individualismo es el producto y no el creador de sus condiciones de vida, lo hacen menos posible. En ese momento, me sentí elevada al cielo y una voz muy suave me decía:

—¡Cree que todo es posible! Si tú despiertas y te impulsas a contribuir es porque tú eres un ángel mandado del cielo, porque vas a derrotar todo aquello que el hombre ha creado. Eres valiosa. Tus amigos y mucha gente necesita de ti, de un corazón bondadoso. No olvides que estaré contigo en cada paso, que ya estoy luchando contigo, aun cuando sientas que está perdido. Ahora, haz de tu noche un camino sin fin, lleno de vida y generosidad.

Y, aunque muchos no lo puedan creer, aquella mañana de marzo del 2020 desperté de aquel sueño en el que me encontraba totalmente atrapada. No tuve miedo porque gracias a esa noche oscura Dios me mostró infinitudes de realidades que hoy en día se presentan, pero que siempre estuvieron y estarán, porque me ha dicho que soy una guerrera. No puedo bajar la guardia, solo les puedo confirmar lo afortunada que soy de tener un don extremadamente bueno por cosas que soñé, pero que son totalmente ciertas. Una hermosa llamada fue directamente al cielo. Con esto quiero decirles que Dios sí escucha, sí cumple promesas. 🙏



Uno y uno no siempre son dos

Por: Manuel J. Meza Delgado

Estudiante del Programa de Ingeniería Pesquera



Foto: Archie Binamira en Pexels, <https://www.pexels.com/es-es/foto/foto-circular-de-cuatro-formularios-para-ninos-pequenos-754769/>

Parte I: El arte de escuchar y decidir

Los recuerdos estremecen la memoria como si quisieran salir corriendo y volver al punto de partida para enmendar y empezar de nuevo. Aquí y ahora sale uno de esos que causa alegrías encontradas, de esos que no se vuelven a repetir sin importar los reproches que hagas. Todo empezó aquella tarde, cuando sentados en la arena el hermano menor (Toyato) dijo: hay que caminar hasta la entrada; luego, es necesario remangarse el pantalón para llegar al otro lado de la cerca.

—¡No! —Responde Angie, la hermana mayor—. Es mejor darse la vuelta por el camino alternativo y así no tendríamos que pasar por el estrecho que gobierna la entrada de la finca.

Uno y uno no siempre son dos

Manuel J. Meza Delgado

Entonces, mirándonos fijamente, sin mencionar palabra alguna, Tita interrumpe ese carnaval de silencio y dice:

—A veces los atajos nos facilitan las cosas, los caminos largos suelen enseñarnos cosas buenas como malas mientras lo recorremos. Hay otra alternativa: por qué, en vez de recorrer el camino más largo que todos caminan, o de arremeter contra la laguna una y otra vez, mejor hacemos una nueva ruta con nuevas reglas, que podamos corregir en el proceso, con la convicción de contar una historia diferente con un final feliz.

—Estoy de acuerdo —respondió el menor, y refunfuñando y con algo de miedo dijo la mayor:

—Está bien.

Era entendible que les cobijara el miedo. Nunca habían tomado decisiones propias; simplemente, actuaban con miras a complacer a todos los integrantes de la familia, aplaudiendo insensateces, errores, cobardías y, sobre todo, el miedo a volar con alas propias, pues todos dependían del no puedo y se aferraban a una cabeza que estaba desorientada, quizá porque nunca se dio cuenta de la calidad de personajes que tenían bajo sus alas.

Parte II: Para empezar... empieza

—Tengo ideas fabulosas de cómo prepararnos para emprender el viaje, pero Toyato, si lo piensas mucho quizá nos quedemos en el mismo puesto y con los mismos resultados. Vamos a dar el primer paso con la seguridad de querer equivocarnos para asumir nuestras responsabilidades —expuso Angie, con total infalibilidad.

Empezaron el recorrido y, a lo lejos, entre árboles de guásimos, divisaron un ave gigante. Entonces Tita les recordó que por esas tierras los aparatos salían con frecuencia, incluso desaparecían personas y no dejaban rastro alguno. Sin lugar a duda, ese es el pájaro, sí, es Obstáculos. Lo que sorprende es la rapidez con que percibió los planes que tenemos de salir de aquí.

El ave, a la distancia, los divisó. De inmediato abrió sus alas y, dando un par de vueltas en el aire, aterrizó al frente de los tres.

—Es un gusto tener a tales personajes al frente, se nota que ya dieron el primer paso: decidir salir de estos terrenos. Cada ser viviente tiene una función en específico y la mía, en este caso, es hacerles creer que las decisiones

que tomaron no son las más acertadas. Solo falta un poquito de duda por aquí y, si le agregamos inseguridad, resultará que no hay modo ni forma de salir de esta zona de confort.

El ave continuó improvisando su elocuente discurso:

—Les daré una oportunidad. Hay un juego muy popular llamado “el ser perfecto”. Este juego consta de un par de preguntas, con un margen de error reducido. Es necesario recordarles que de las personas que han pasado por estos terrenos solo una ha sido capaz de discernir y hacerlo posible. No les debe resultar inverosímil, porque es una figura de renombre: su abuelo. Era capaz de trazarse proyectos y llevarlos a cabo. Su poder interno crecía a través de los años; tanto, que irradiaba positivamente a todo aquel que se le acercara. Conocía el secreto de la ley de atracción, sabía perfectamente que, para llevar a cabo sus proyectos, era necesario tener la mente equilibrada. Sin embargo, no fue suficiente: infelizmente la muerte lo halló desprevenido. Para que nos adentremos al tema, les propongo que elijan a uno de ustedes para empezar el gran juego.

Entre tanto, a poca distancia, los tres hermanos debatían quién les daría la ventaja ante tal adversidad.

—¡Listo!, ya tenemos a una persona.

—Entonces, ¿quién empieza? —pregunta, con total perspicacia, el ave abrumadora.

—Tita —respondieron al unísono.

—Es interesante; al parecer, es la que más necesita de este juego para salir de aquí —comentó Obstáculos.

Parte III: El ser perfecto

Entre tanta tensión, la brisa que venía de la Ciénaga lograba relajar un poco el pensamiento inquieto de Tita. Deja que el miedo te cobije, debes permitirme confundir tus pensamientos. Entre tanto, Tita, molesta por la espera, con un grito ensordecedor le decía al ave que se dejara de rodeos, que fuera al punto. Sorprendido, Obstáculos le respondió:

—Eres una persona con un potencial único, pero no sabes el poder que tienes por estar aferrada a un pasado que no tiene cambios. Dime sin vacilación, ¿con qué frecuencia recuerdas las cosas buenas que te pasan? He

Uno y uno no siempre son dos

Manuel J. Meza Delgado

de recordarte que no puedes mentir. Si lo haces, no darás un paso hacia las cosas buenas que te esperan.

Mientras tanto, Tita buscó entre su mochila de recuerdos y se descubrió infraganti ante aquella pregunta, pues estaba acostumbrada a tantas cosas malas que pensar en positivo era para ella algo perturbador; un presagio doloroso y triste. Pero, para sorpresa de todos, manifestó:

—Mientras todos vivían sin afanes aquellos años de niñez, para mí fue todo diferente. Opté por tomar cada cosa mala que pasaba en la familia, silencié cada palabra de protesta, peleaba todas las noches el abandono sin sentido de mi padre; tanto, que para dormir necesitaba de las tomas de valeriana de mi mamá. Concluía en voz baja en reiteradas ocasiones que tragarse cada palabra y humillación era bueno; me olvidé de que el mundo podía ser lindo con tantas cosas buenas que tengo. Hablar de ello es bueno, pero que se vuelva lo único que tengas para contar es crítico. Perdí mi adolescencia tratando de complacer a todo el mundo y olvidé por completo mi misión. Debo desprenderme de estos malos recuerdos, quiero desechar aquello que me hizo llorar, tengo el armario lleno de cosas que no uso, como la sonrisa limpia y sincera que el creador me obsequió. ¿Cómo puedo sonreír y recordar cosas buenas a la vez?

—Espera —replicó Obstáculos—. Debes enfocarte en lo malo solamente; quiero que te quedes ahí, envuelta en tu pasado.

Pero entonces, por primera vez en mucho tiempo, ocurrió lo impensable.

—¡No! Mi nombre es Tita, estoy hecha a imagen y semejanza del creador, nací con el privilegio de tener una inteligencia tan majestuosa que a veces me sorprende su dimensión. Ya no seré esclava de esos recuerdos que han estado en piloto automático durante muchos años. Voy a tomar las riendas de mi vida, empezaré a perdonar cada recuerdo que me atormenta. Merezco cosas buenas; por tal razón, es justo y factible diseñar un armario sin resentimientos ni soledad. Aquí y ahora seré la causa de las cosas buenas que el destino tiene a mi disposición, llegó el momento de volar, ya es hora de tomar lo que me pertenece.

Todos, expectantes, miraban a Tita con total admiración. Mientras tanto, Obstáculos replicó:

—No lo permito.

Entonces Tita interrumpe nuevamente y, con una convicción única, continuó:

—A partir de ahora ya nadie puede decirme qué hacer y qué no hacer, es hora de tomar riesgos y conseguir el equilibrio mental para que la ley de singularidad, como la ley de la atracción, puedan renacer en tiempos malos, porque si de algo estoy convencida es de que puedo hacer imposibles; la diferencia es que ahora me lo creo.

Es interesante cómo el ser humano saca a flote las cosas buenas solo cuando tiene al frente situaciones difíciles de roer, pensaba Obstáculos. Entre tanto, alzó la mirada y notó que Angie estaba inquieta.

—Oye, niña, tu vibración dice que eres la más fuerte de todos. Sé que te es difícil llorar así tengas mil razones para hacerlo; lástima que esa energía se desperdicie, porque la puedes enfocar en proyectos de impacto. Pero la curiosidad me toca los huesos. Permítanme escoger en esta oportunidad al siguiente participante. La hermana mayor tiene deseos de sacar a flote todo ese mar de lágrimas. Adelante, Angie, dime ¿qué se esconde detrás de ese carácter de hierro?

Angie, silenciosa, alzó la mirada buscando por todas partes las palabras adecuadas para responder sin vacilar ante la pregunta de Obstáculos. La primera palabra fue: depende.

—Es difícil buscar el origen de esta manera de ser. Sin embargo, yo me remonto a aquellos días donde la sinceridad era mi mejor definición. Recuerdo aquella historia donde mi nombre era protagonista, andaba en unos brazos ajenos a los de mi madre, el cariño de mi padre era la limosna más miserable que pudo existir. Entonces, ante tantas vicisitudes que vivía con mis tíos, comprobé que no tenía la necesidad de llorar por esas tonterías, que la única arma que tenía a mi favor era el coraje de hacer las cosas. Hoy puedo dar fe de que si buscas en mis adentros encontrarás una mujer que maduró biche; sin embargo, caso contrario al de Tita, yo decía lo que pensaba, no me quedaba con nada para el día siguiente, empecé a solucionar mis propios problemas. Los resultados no se hicieron esperar. No hubo nada que dejara sin resolver, me visioné para abrirme espacio ante la muchedumbre y destacar sin necesidad de respaldarme en la fama y en la gracia de mis antepasados. Sé quién soy, siempre lo he sabido. Soñar que te pasan cosas buenas no es suficiente. Hay que trabajar para conseguir lo que quieres, sin

Uno y uno no siempre son dos

Manuel J. Meza Delgado

perder de vista tus metas, ya que es una manera fácil de alcanzar tus objetivos. Levantarte temprano con la vista puesta en el día a día, para mí fue la fuerza necesaria que adquirí para desarrollar a plenitud mi destreza, al igual que mi fortaleza. Si quieres cambiar el curso que sigues, debes empezar a cambiar tus hábitos; de lo contrario, terminarás desorientado y sin la visión que te sostenga en tiempos malos. La contraparte radica en que ahora, por razones que desconozco, por cualquier bobada positiva que veo, mis recuerdos en cada lágrima florecen cual caracol a orillas del río. Lo que quiero decir es que no me amedrento ante tantas adversidades, pero sí ante un gesto bueno y positivo.

Obstáculos soltó la carcajada y tartamudeando decía lo interesante que estaba la situación.

—No olviden el arte de decidir, pues quien lo hace de manera acertada puede desplegar otras opciones que potenciarán de una u otra forma sus vidas. Ahora, quiero que Toyato dé un paso al frente y mire a esta ave a los ojos y le diga: ¿por qué, entre los tres hermanos, eres el único que tiene una manera diferente de ver las cosas y por qué los resultados obtenidos no son concernientes al esfuerzo que se hizo?

—Eso es simple de responder. He desarrollado el arte de observar, investigar y dar respuesta a lo que hago. Siempre llevo las cosas a felices términos, lo que me propongo lo hago bien. Soy una extensión de mis tres hermanos, aprendo de sus errores y trato en lo posible de no recorrer los mismos pasos. En cuanto a los resultados, siempre han estado ahí. Esto se debe principalmente a que he sabido cultivar en todo este tiempo, solo que no encontraba la metodología perfecta para cosechar. Ahora todo es distinto. Tengo la convicción de que, si me enfoco bien, estaré recibiendo buenos resultados. Empecé a pulir la manera de tomar decisiones sin lastimar a nadie. Atreverme en todo momento es mi lema. Pienso constantemente que no hay nadie mejor que yo a la hora de enfrentar una situación difícil. Perfeccioné la paciencia y la fortaleza de mi espíritu y, sin darme cuenta, los resultados llegaban sin necesidad de buscarlos. Te confieso que el génesis de todo esto era la quejadera que tenía, además de seguir esa regla absurda que decía: uno y uno siempre son dos. Me reprochaba porque no podía ser igual al resto, o porque mi economía era tan precaria, suponiendo que estaba en el camino correcto. Pero luego, como una prueba de que Dios

existe, llegaron a mis oídos historias fascinantes de cómo combatir todo lo anterior. Ahí está el detalle de la vida: querer ser alguien importante por tus propios medios, no aplazar las cosas, valorar todos los momentos vividos, ser agradecido, dar la mano sin esperar nada a cambio y visionar para ser grande. Esto se consigue cuando hay un cambio de paradigma y, sobre todo, las ganas de cambiar tu presente. El destino me puso a prueba y entre más peluda se ponía la cosa, más eran las ganas de seguir conquistando. Este compendio de cosas me permitió sintetizar las diferentes versiones que he construido. Solo depende de ti tener el coraje... la calidad... y la funcionalidad de emprender...

—Esto es sorprendente, han vencido —hablaba, confundido, Obstáculos—; es tiempo de que la vida les recompense por todo el proceso que han pasado. Son libres de congraciarse con todo lo que toquen, de ser cabezas en cualquier parte que lleguen, porque el himno de su victoria será su tranquilidad, el éxito y, no menos importante, la calidad de su trabajo. 🏆